Notas sobre las secuelas de las violencias pasadas sobre las memorias y la vida cotidiana

Notes on the aftereffects of past violences on memories and everyday life.

Alejandro Isla¹

Abstract

Se ilustra mediante de casos las dificultades de construir una memoria hegemónica desde el Estado en Argentina post-83. Las luchas por el significado de la dramática historia de la pasada dictadura son un presente, lejos de compartirse un camino para su tratamiento y superación. Ha sido objeto de variadas prácticas de rememoración por antiguos personeros que sin embargo mantuvieron puestos administrativos, como en instituciones de las fuerzas armadas y de seguridad, pero siempre muy acompañadas por numerosos grupos sociales. La memoria no es solo una cuestión de recuerdo del pasado, sino que se trata de resaltar que ese “pasado” habita determinadas relaciones sociales en el presente. Se discute además la concepción de Bourdieu sobre el Estado como “monopolio legítimo de la fuerza simbólica”.

Palabras claves: memoria y relaciones sociales, Estado, legitimación

Abstract

We attempt to illustrate through case-analysis the obstacles involved in the construction on the part of the State of a hegemonic memory in post-dictatorial Argentina. The struggles for the meaning of the dramatic history of the latter dictatorship are still ongoing, and we are far from a shared position around its treatment and overcoming. It has been subjected to diverse practices of remembrance by former supporters that held administrative positions, as well as institutions belonging to the armed and security forces, but always with support from numerous social groups. We argue that memory is not only a question of remembrance of the past, but that the “past” in question informs particular social relationships in the present. We also discuss Bourdieu’s portrayal of the State as the holder of “legitimate monopoly of symbolic force”.

Key words: memory and social relation relationships, State, legitimation.

Introducción.

Las pujas por el significado de acontecimientos del pasado, a veces remoto, han sido parte de la cotidianeidad argentina en todas las épocas. Se podría caracterizar que como comunidad nacional carecemos de herramientas para cerrar heridas abiertas en la memoria colectiva. Así hechos como el fusilamiento de Dorrego, el asesinato de Quiroga, el gobierno de Rosas, y otros por el estilo del siglo XIX han sido demonios convocados en diversas coyunturas políticas, dividiendo no solo a los historiadores, sino los afectos de familias enteras.

Mucho más reciente como disputa de significados históricos fue el largo y violento período de la llamada “Resistencia Peronista” emergente de los cruentos asesinatos y bombardeos a la Plaza de Mayo de 1955 y de los demás hechos políticos perpetrados por la “revolución” triunfante. Durante aquellos 18 años de la Resistencia (55-1973), la memoria no sólo fue un ejercicio, sino un deber para el pueblo y la militancia peronista.

Más próximo aún a nuestro presente, las heridas que dejó la última dictadura en la sociedad y en la memoria colectiva, siguen convocando los demonios del pasado, a pesar de las teorías que se impulsaron e impulsan desde el Estado: primero la justificación de “la guerra sucia” para curar “el cáncer de la subversión”; luego, al principio de esta etapa democrática (fines de 1983) “la teoría de los dos demonios”, como forma de des-responsabilizar al Estado y la sociedad; pasando en la actualidad a la teoría del “estado terrorista”, cargando la máxima responsabilidad sobre el carácter del Estado durante la dictadura, des-responsabilizando a las diferentes formaciones guerrilleras de los ’70, como a amplios sectores de la sociedad y la política que inicialmente apoyaron el golpe de estado del ’76.

Aquellas teorías explicativas de esos sucesos, y especialmente las maneras de promoverlas, autorizarlas o desautorizarlas en rituales públicos que escenificaron los gobiernos de Alfonsín (1983 – 89), Menem (89 – 99), De la Rúa (2000 – 01) y Kirchner (2003 – 06) impidió un debate abierto y franco, en el conjunto de la sociedad. Por lo tanto las heridas en la memoria y en el cuerpo social, siguen supurando y todas esas teorías tienen sus paladines en la sociedad y en el Estado actual².

Que en poco más de 20 años de democracia, el Estado no haya podido concluir exitosamente su operación de construcción colectiva de un pasado reciente, remodelando la memoria colectiva (Hallbwachs, 1997) nos debe alcanzar para reflexionar sobre tres cuestiones. En primer lugar, el hecho de que la sociedad mantenga en su seno infecciones (Isla, 1999) del pasado, hace que este ‘pasado’ sea parte sustantiva del presente; activado y estimulado según las coyunturas, la memoria de los ’70. En segundo lugar, quiero resaltar el papel de las luchas y posicionamientos por el significado de la historia en el mismo Estado; o sea, el Estado como arena donde se dirimen significados, valores y distintos intereses. Estas dinámicas en la arena estatal, tienen además su correlato en la sociedad. En tercer lugar, estas cuestiones nos deben guiar en un plano teórico para poner en duda y discutir la atribuida capacidad al Estado por Bourdieu, de constituir receptáculo y ejecutor activo del “monopolio de la violencia simbólica”. O sea, para instalar e inscribir con éxito en la sociedad una valoración hegemónica³, y por tanto en nuestro caso, homogénea y definitiva de los luctuosos sucesos de la dictadura pasada.

El concepto de “violencia simbólica” fue inicialmente elaborado por Bourdieu y Passeron (1981) relacionado al rol de la escuela y su función transmisora de los valores y preceptos fundacionales del Estado – Nación. Pero más tarde, al extenderlo conceptualmente a la delimitación misma de ‘Estado’ realizada por Weber⁴, nos conduce a nuestro entender a por lo menos dos reflexiones complementarias de aquellas.

En primer lugar, como concepto ligado a la esencia misma del Estado: a su propiedad de ‘monopolizar el uso legítimo de la violencia física’ en la célebre fórmula del sociólogo alemán; a la que Bourdieu (1994: 109) agregó que el Estado se caracteriza principalmente por “su monopolio legítimo de la violencia simbólica”. Esta operación no puede entenderse como una simple suma sobre aquella definición, sino como una transmutación de la misma, pues la creencia de la sociedad conferida como legitimidad, y sustento esencial del Estado moderno, en la teoría de Weber, es parte de ‘la violencia simbólica’ instituida en la fórmula de Bourdieu. Vale decir: poder y mecanismos que permiten instituir un orden social completo y reproducirlo. Pensado así, el orden social es no solo un simple despliegue de normas y leyes que modelan el cuerpo social (y en los que se “cree”) sino además, valores encarnados en prácticas y representaciones simbólicas. Una vuelta con otras palabras y giros barrocos, a proponer el Estado como puro “órgano de coerción” de las teorías iniciales marxistas, que Bourdieu dice criticar.

Pero si todo el accionar del Estado lo caracterizamos como ‘violento’ y además legítimo, debemos concluir que estamos asumiendo una posición pregramsciana, en la medida que éste elaboró sutiles categorías para escapar de las simplificaciones y los mecanicismos de su propia tradición teórica. Su fórmula se basó - sobre la que no me detendré por el tenor de este artículo- en el descubrimiento de que el estado en las comarcas de Occidente llegaba a una extrema complejidad y equilibrios entre dos polos: consenso y coerción⁵. O sea, que el Estado no era sólo dominación, como sujeción a un orden impuesto, o su permanente capacidad de amenaza mediante la represión, sino además, diferentes formas de hegemonía que se ejercen, y al mismo tiempo, diferentes formas desde la sociedad de entenderlas, significarlas y por momento: contestarlas, neutralizarlas, transformarlas. (Comaroff, 1991; Isla, 2002).

En segundo lugar, debemos presuponer como corolario de lo anterior que la “violencia simbólica”, matizando de esta forma las ideas de Bourdieu (1994), debe tener un papel importante en el modelado de la memoria social. Especialmente aquellos registros que quedan en sectores de la sociedad como residuos de etapas ominosas del pasado. Esta memoria, no es simplemente el recuerdo de acontecimientos lejanos, anclados por ejemplo en el período de la dictadura militar, sino que aquellos eventos, en gran parte, se rememoran, a partir de particulares relaciones sociales cotidianas que llegan hasta nuestro presente. En la cotidianeidad de la democracia que se inaugura a fines del 83 hasta nuestros días, los argentinos nos hemos topado con fulgurantes presencias concretas que evocan en la memoria las imágenes del pasado. A veces, justamente por la propiedad de esas presencias de evocar el pasado, fueron convocados y legitimados en la vida pública y democrática por el voto, como entre otros, el ex general Bussi (hoy en prisión militar) en Tucumán como gobernador y jefe de un partido político que se instaló como segunda fuerza electoral en aquella provincia.

Pero no necesariamente deben ser personajes con una actividad notoria durante la dictadura quienes incitan nuestra memoria, sino un retrato en la pared de una oficina, la manera de celebrar un ritual patriótico, la forma de interpelación del pasado de algún funcionario estatal menor, la permanencia de la lógica enemigo – amigo en discursos públicos como forma de construir Otros y Nosotros en instituciones de seguridad; y de hasta pequeños gestos cuya propiedad es la de disparar en nuestra memoria imágenes de aquel pasado, con consecuencias en las prácticas cotidianas.

El mantenimiento de esas imágenes y personajes no se puede atribuir a la voluntad de los políticos y funcionarios de la democracia que se inaugura en 1983, aunque muchos de ellos apoyaron la dictadura. La precariedad de los mecanismos democráticos instituidos, asediados por “cuartelazos carapintadas”, picos hiperinflacionarios, menemato, crisis estructural del 2001, coadyuvaron en ocluir la oportunidad de depurar definitivamente las ominosas presencias del pasado.

La contemporánea anulación por parte de la Corte Suprema de las leyes de “punto final” y “obediencia debida” - lo que permite revisar las causas por violaciones a los derechos humanos, citando a todos los represores- es un intento serio de depuración, así como la revisión actual de los indultos de principios de los '90 dictados por Menem. Pero todas estas medidas generaron y generan contradictorias luchas en el seno de la sociedad como en el Estado. Por ejemplo, la amplia polémica que suscitó el decreto de transformación de la célebre y tenebrosa ESMA en Museo de la Memoria, no sólo entre émulos de la pasada dictadura, sino dentro mismo de los organismos de derechos humanos. Son luchas entre diferentes puntos de vista que se pretenden hegemónicos, instalados en estamentos del Estado, dentro del sistema político, entre funcionarios de un mismo gobierno con posiciones ideológicas contrastantes y a veces hasta opuestas entre sí.

Este artículo se basa en un estudio de caso⁶ tomando los casos seleccionados, para ilustrar las heridas que aún subsisten en la memoria, pero como expresión de relaciones sociales concretas.

Evocaciones del pasado.

a) El Matadero.

El barrio El Matadero se podría decir que es uno de los monumentos que dejó la dictadura en la costa Atlántica, pues además de haber sido construido en ese período, como las autopistas y las plazas rellenas de cemento de Loma Negra por toda la Argentina, lo hizo en los terrenos del matadero Municipal de Mar del Plata. Este hecho abonó las fantasías populares de que sus cimientos estaban erigidos sobre charcos de sangre y restos de vísceras de animales, a los que paulatinamente se fue agregando en los relatos ‘de humanos también’. Hay un imaginario general de que allí se enterraron o “tiraron” cuerpos de guerrilleros y/ o disidentes políticos de los '70; de que los “desaparecidos” están bajo los escombros, la arena y el cemento de los cimientos. O sea, que sin pretenderlo, pues no fue su propósito arquitectónico constituirse en un monumento explícito de aquellos luctuosos sucesos, los 3 bloques edilicios que lo componen se convirtieron desde su origen en “un lugar de memoria” (Nora, 1997) de los hechos de la dictadura en aquella ciudad. Por eso, la evocación de ese pasado no es directa o explícita, sino incierta y penumbrosa. Pero más allá del imaginario de la sociedad marplatense y sus remembranzas variadas y contradictorias de los '70, quiero poner el foco sobre las heterogeneidades de las formas sociales que se fueron dando en el interior del barrio, como en la evocación del pasado que las acompaña.

El Matadero bajo la carga de su estigma y su homogeneidad edilicia, se encuentra segmentado en su interior, en espacios sociales formales (tres bloques con administraciones independientes⁷) y otros informales que no tienen una clara delimitación en tanto van construyendo sus linderos a partir de relaciones entre vecinos y entre éstos y determinadas instituciones presentes en la vida barrial. La dirección del consorcio⁸, recae en un consejo de administración, que delega funciones administrativas (como el cobro de expensas⁹, pago de impuestos y servicios) en un administrador. La asamblea de propietarios constituye el elemento más democrático por ser quien aprueba o desaprueba decisiones, eligiendo mediante voto al consejo de administración y al administrador. Suelen darse al interior de un consorcio formas autónomas de participación y decisión que escapan a los requisitos formales.

Desde la formación del barrio, en dictadura, se proponía que los nuevos beneficiarios decidan y acuerden sobre la organización política- administrativa del espacio. Las familias seleccionadas como adjudicatarias, no provenían de un mismo enclave territorial o social; tampoco la propuesta no fue resultado de una demanda colectiva, sino más bien individual-familiar. Esto para algunas familias fue sentido como imposición, o un requisito para vivir en la ciudad.

El administrador de un consorcio es siempre quien vincula formalmente el espacio interior con el exterior del consorcio. Así, muchos sostienen: ‘no todos los consorcios se manejan iguales, el del III, Sosa, desaloja gente si no pagan las expensas... tiene mucho poder... Distinto de los otros administradores que toleran mas la situación de la gente...’.

El administrador del III¹⁰, ocupa ese cargo desde la inauguración del complejo, conserva ese puesto por más de 20 años, eludiendo ser reemplazado por las de asambleas, como sucedió en los consorcios I y II. Tuvo la habilidad y “los contactos” para manejar las asambleas: ‘...de la mañana a la noche cambiaron la comisión. Por qué cambiaron así, no sé. Porque entraron a la fuerza: son lo más delincuente que hay... estos se eligieron solos, eran varios sinvergüenzas... supuestamente tiene el voto de toda la gente y a mi mamá jamás la llamaron a una reunión... En las asambleas entra su grupo, no dejan entrar a otra persona, ya por que te atrasaste en las expensas, por que no se entregaron las escrituras, por que no sos el dueño, o si sos el dueño, en alguna época estuviste atrasado...’

Imágenes fantasmales de la dictadura.

Sosa construye su posición mencionando “vinculaciones y contactos” con jerarcas de las “fuerzas del orden”, tanto del pasado, como actuales, insinuando que está ‘sostenido desde el poder’. La eficacia de sus operaciones simbólicas se asienta en demostrar que las decisiones importantes no se resuelven internamente, en la asamblea de consorcio, sino mediante la apelación a instituciones y figuras externas. Logró instalar temor mediante la invocación de ‘amigos peso pesado’ que lo apoyan, la fidelidad de un grupo de vecinos y el silencio de otros. La oficina de administración da la impresión de un bunker: se entra por una cocina, ubicada en un pasillo con una puerta al final donde estaba su escritorio. Un hombre de mantenimiento acompaña al visitante por el pasillo hasta la puerta de la oficina. Sosa, en aquella oportunidad, le pidió ‘que no moleste más’ pero que me siga trayendo mate. El hombre contestó siempre: correcto señor, entendido señor, a sus órdenes señor. En su oficina, abundan los cuadros: San Martín, Belgrano, la Virgen del Lujan; fotos de él en familia; otras dándose la mano con el ex general Videla; todos en uniforme. Un retrato de Perón, luciendo sus atuendos militares, ocupa un lugar principal. Sobre su escritorio hay un portarretrato con la foto de Videla inaugurando el Matadero. A su lado, una pantalla de monitor permite observar y registrar lo que sucede en el ingreso. Mediante un micrófono, da órdenes a los secretarios.

Sosa hace gala de un discurso que muestra sin eufemismos su participación en la última dictadura. Se vale además, de vínculos con la fuerza policial departamental, reforzando la representación autoritaria enfatizando las vinculaciones que mantiene, según sus palabras “deudas recíprocas” con las « fuerzas del orden ». A su vez, construye una relación particular con las familias a partir de negociar la absolución de deudas. Las familias que no aceptaron su autoridad, no reciben el mismo trato que las que adhieren y sostienen estos vínculos. Él explica: “Nosotros controlamos con una red de vecinos que están, que son una especie de cuadro, por propia voluntad, al servicio del bien común, comunitario... esa red se organiza desde la administración y esto no lo digo como si yo fuera el padre de la criatura. Los tipos son los que toman y adoptan las decisiones, pero a través de la persuasión y a través de una política comunicacional, y a través de los órganos naturales que brinda la ley... trabajamos celularmente, ellas son las encargadas de recopilar toda la información, para hacerla llegar tanto a la policía, como a gendarmería, o a la CIA, si ven que en tal lugar están acopiando drogas o mercadería robadas elaboran la información para pasárselas a quien corresponda, porque no es tarea nuestra hacernos cargo de esas cosas, nosotros se las damos a ellos para que hagan lo que tienen que hacer” porque si sabemos que en tal esquina, se esta organizando un piquete, o se si esta adoctrinando en esa ideología, ellos actúan. Porque esa no es mi

función, yo como administrativo, no tengo bandera ideológica, gobierno para todos...” Aunque agrega: “soy anticlasista... me gusta la Comunidad Organizada, el proyecto ese de que el Estado a través de la legislación de la juridicidad vaya regulando el comportamiento humano... que es el orden, que no es impulsivo, que no es asfixiante, pero es el orden... hay dentro de este consorcio: unidades básicas, grupos independientes, muy por arriba de reformas radicales y después hay expresiones subterráneas que no se manifiestan mucho socialmente, eso por lo que nos dicen los vecinos. Nosotros tenemos los contactos, y los evaluamos, chequeando algunos... esto era una cantidad incalculable de gente, de diversidad de opiniones y pobre administrador que estaba... lo tironeaba de un lado y del otro, desmontamos ese grado de representatividad mediante una asamblea, desmontamos esos soviets... es la única manera que se mantenga esto en paz, somos respetuosos de la Ideología de quien quiera en la medida en que lo ejerza dentro del ámbito natural del orden de la paz...”

Pero esta forma de gestión fuertemente autoritaria del III contrasta significativamente tanto con el consorcio I (aproximadamente 344 familias) como con el II (con 584 familias) en los que los vecinos en asamblea cambiaron sus administradores y guardan relaciones más o menos armónicas.

El administrador del I plantea que se diferencia de los otros dos por que la gente que se seleccionó es más o menos del mismo nivel socioeconómico, aunque actualmente hay un “foco”¹¹ que le está ocasionando problemas. Al principio no existía una forma democrática de participación, por ello los vecinos organizaron una asamblea fuera del marco “legal” de la administración y destituyeron al anterior administrador, apelando a la justicia ordinaria. El administrador actual sitúa la mayor dificultad en la falta de pago de las expensas, pero ello no parece destruir el vínculo entre la administración y el vecino; produciéndose por esto una nueva modalidad de participación: “...busco arreglar con las familias, hay gente que debe 1500 o 2000 pesos, esos nunca quisieron arreglar... Yo les digo que me traigan 5\$ por semana, dos o lo que sea, a la gente que juega a la quiniela le digo: jugá un peso y el otro guardálo para las expensas, o si te comprás dos gaseosas, ajustáte y guardá un peso para las expensas, es cuestión de querer el lugar donde se vive...”.

La función del administrador actual del II, según sus palabras, es cobrar las expensas, remarcando que esto se constituye un gran problema para su gestión¹². Propuso trabajar entre los bloques como barrio para arreglar algunos espacios comunes: “hay muchas cosas para hacer juntos. El espacio que ocupa la escuela, el futuro Jardín, la cancha de básquet, etc. es un lugar común, de ningún consorcio en especial. Con la administración del consorcio I estamos más juntos, mas comunicados... es necesaria la unión para apoyarnos frente a los poderes de la municipalidad, o frente a la provincia, así tenemos mas fuerza”. En el consorcio II, la municipalidad, por pedido del administrador, representando los intereses de los vecinos, instaló un jardín maternal, una salita de salud, destacamento policial; como otras ‘no gubernamentales’: centro de jubilados y pensionados, biblioteca popular, dando una fuerte dinámica social al sector. Es el único de los tres bloques que cuenta con ellas.

b) Tucumán: “Cuna de la Independencia. Tumba de la subversión”

El segundo caso que quisiera brevemente presentar se encuentra geográficamente alejado de las costas atlánticas de Buenos Aires e inscripto en la historia de la provincia de Tucumán en la que se desarrolló a fines del XIX la industria azucarera. En este espacio de montañas y franjas de selvas se intentaron durante la segunda mitad del XX varios experimentos guerrilleros. El último en 1973-75, fue el de la Compañía de Monte Ramón Rosa Jiménez del PRT-ERP que componía junto al MIR chileno y a los Tupamaros uruguayos la Junta Coordinadora Revolucionaria, sobre lo que no me puedo detener. Pero además, Tucumán es una provincia emblemática, con un fuerte pasado histórico colonial y durante las luchas de

principios del XIX contra el poder realista. Es así, que allí se celebró el 9 de julio de 1816 la Independencia formal de España, en sus proximidades se inventó la bandera Argentina (muy similar a la Borbónica), dio al país varios presidentes y algunos constitucionalistas de fuste como Alberdi. De allí que los tucumanos lucen con orgullo haber sido la “cuna” donde se labró la Independencia nacional, constituyendo uno de los mitos originarios del Estado-Nación y es por ello que allí, en la capital de esa provincia, frecuentemente se celebran rituales celebratorios de aquel origen.

Los rituales son un campo propicio para la reflexión antropológica y en donde se consignan varias tradiciones teóricas sobre su importancia en el plano del simbolismo y la legitimación. La legitimación de jerarquías, de modos de concebir el pasado, tanto en los rituales privados, familiares, como en los públicos. Constituyen una puesta en acto de creencias y convicciones, que fueran representadas, cobran vigencia y especial dimensión en el acto de ejecución, quedando a su fin como una verdad suspendida en el tiempo y en los espíritus, a la espera de la próxima celebración. Leach (1965: 13) sostuvo que no podía haber mito sin ritual, y a su vez, ritual sin mito. Con los desarrollos teóricos posteriores diría que esta afirmación, más que una verdad universal es una sesuda conjetura a probarse en cada caso.

El mito que me ocupa es el que se resumió en la inscripción que lleva por título este apartado y que estuvo grabada hasta hace muy pocos años atrás en el monolito de entrada a San Miguel de Tucumán, la capital de la provincia. Perduró allí más de 15 años en democracia señalando entre otras cosas una creencia bastante compartida, de que allí se había dado otra “guerra” y que nuevamente eran “todos los tucumanos” quienes habían “peleado y vencido” a un enemigo “externo” (como en el XIX a “los españoles”) con banderas e ideología que no representaban “el ser nacional”. Esta es una creencia bastante generalizada entre los diferentes estratos y clases del Tucumán de hoy que pude comprobar en entrevistas que allí realizamos a principios de los '90 y en muchas visitas y trabajos de campo posteriores. Pero corroborando aún más lo que había recogido en el campo, fue la provincia donde el exgeneral Bussi, gobernador militar durante los primeros años de la dictadura, fundó un partido político, participó de varias elecciones hasta llegar a triunfar como gobernador, luego de pasar por varios cargos electivos propios de la democracia.

Por ello, a esa simbología que caracteriza la ‘cuna’, por haber dado vida a la independencia y entonces vida a ese proyecto que se llamó Argentina, se le contrapuso, durante la dictadura, el opuesto de ‘tumba’: “tumba de la subversión” para enfatizar que era allí, donde lo ‘nacional’ que se había parido, se había ocupado con las mismas energías y certezas de ‘enterrar’ la subversión. Alusiones a la gestación de vida, y con orgullo alusiones a la gestación de muerte. En el primer caso ‘la vida’, al combatir y expulsar a los españoles alcanzando la Independencia; como ‘tumba’ al confirmar que aquella nación, ya crecida, con sus símbolos, enterró a los ‘apátridas’: ‘quienes enarbolaban el trapo rojo contra el azul y blanco.’ Estas oposiciones y valores no solo fueron grabados en aquel monolito, sino que acompañaron cientos de arengas militares durante los años de plomo, como discursos de campaña política en la democracia, después del 83.

Lo dicho no sería más que una interpretación de aquella consigna con fuerza de mito, que inscripta se mantuvo hasta fines de los '90, Sería un mensaje mítico, quizás incompleto en la perspectiva de Leach, sino me hubiera topado con el ritual celebratorio que con todas las galas lo acompañaba: el desfile militar que en numerosas oportunidades durante la dictadura pero también después de 1983, se celebró para el 9 de julio, justamente en el Parque Independencia de San Miguel de Tucumán, en presencia de una palco donde coincidían, ya en democracia, autoridades civiles provinciales y nacionales, familiares, y altos jefes militares.

El desfile militar completo se organizaba de la siguiente manera. Primero se celebra el Tedeum en la Catedral, oficiado por el obispo y demás auxiliares religiosos de jerarquía local. Asisten gobernantes, autoridades militares, religiosas y civiles que previamente se habían

reunido en la Casa de Gobierno. Luego se marcha hacia la antigua Casa de Tucumán, donde se celebró la Independencia y a la sazón es un museo histórico, para brindar con vino y empanadas. Finalizado este paso, el gobernador y demás autoridades se dirigen al palco por cuyo frente pasarán los distintos cuerpos militares, anunciados cada uno por altoparlantes y entre las marchas militares, ejecutadas por una fanfarria, situada con toda la pompa delante del palco.

Una vez instalados e iniciada la música la autoridad militar ordena el comienzo del desfile militar. Un público enorme se agolpaba sobre las veredas para aplaudir las diferentes tropas. En primer lugar, precedido por un vuelo rasante de varios aviones de guerra, marchaba el ejército con sus diferentes armas: caballería (algún tanque o carriers), la infantería y la artillería, cerraba algún cuerpo técnico como Ingenieros con sus vituallas para pontones (por ejemplo). Al ejército lo seguía la marina, también con sus diferentes divisiones; después de los navales, marchaban los aeronáuticos. Luego venían las fuerzas de seguridad comenzando con la Gendarmería, seguida por la Prefectura Naval. Más atrás lo hacía la Policía Federal y cerraba el desfile de uniformados en actividad (digamos) la Policía provincial.

Entonces, después aparecían desfilando “los veteranos” o sus representantes (podríamos decir): en primer lugar, varios pelotones con ropas civiles de “veteranos de Malvinas” enarbolando los estandartes de cada regimiento. Atrás de ellos y esto para mí fue impactante, el locutor por los altoparlantes anunció el desfile de “los veteranos de la guerra contra la subversión”. En esa ocasión, un grupo de hombres que marchaba muy desprolijo, panzones y ya pelados, varios con los clásicos clíper negros, con trajes de diferentes colores austeros, muy raídos. La gente los aplaudió, y registré que no hubo un solo chiflido de reprobación (que quizás yo esperé); recibieron los aplausos como todos los demás¹³. Cerraban el desfile, después de varias horas, los tradicionales “gauchos de Guemes” con sus caballos.

Primero entonces, tropas en actividad preparadas supuestamente para defender la nación; después tropas veteranas que atravesaron las diferentes guerras constitutivas de la nación: los gauchos de Guemes las guerras de Independencia contra los godos; los veteranos de Malvinas, contra los ingleses y luego quienes hicieron la llamada “guerra sucia” contra la subversión.

O sea, para dejarlo en blanco sobre negro, no sólo que algunos militares de la dictadura hablan de guerra, sino que en el Tucumán democrático se legitimó ese sentido desde la cúspide del Estado, el palco con los dignatarios y la pompa, y la sociedad en un clima de fiesta popular, familias con niños, todos especialmente vestidos como en feriado para el desfile, con sus aplausos, entre choripanes, globos y golosinas.

Conclusiones

Podría continuar ilustrando con otros casos tan jugosos como los expuestos, las heterogeneidades de una sociedad cuyas heridas aún supuran. Mientras el sistema democrático funciona en términos electorales se pueden registrar bolsones de autoritarismo que se alimentan a través de ramificaciones en instituciones del Estado. Sosa no es una persona aislada que sólo impone temor y respeto con las fotografías de antiguos militares y su lenguaje cargado con la jerga de los servicios de inteligencia y las fuerzas de seguridad, sino que hasta el presente cultiva esas ‘amistades’. Aquellas figuras del pasado se activan, o para decirlo de manera levisstraussiana, alcanzan su ‘eficacia simbólica’, por contigüidad con las invocaciones a ‘sus contactos’ actuales y por su contigüidad con objetos específicos en su escritorio: el monitor para registrar las escenas del ingreso, el micrófono para ordenar a su subalterno, que le ceba mate.

En el artículo es muy importante de resaltar que la memoria de los ’70 y de la dictadura en particular, no es solo una cuestión de remembranzas, sino que aquel pasado, es un presente en

muchas de las relaciones sociales que hoy se viven cotidianamente en Argentina. El ejemplo más trágico que puedo simplemente señalar es la “desaparición” hace más de dos meses (diciembre del 2006) del albañil López, un testigo de cargo en el juicio que condenó a Etchecolatz a cadena perpetua. Este, había acompañado al general Camps en la jefatura de la Policía de la Provincia de Buenos Aires en los primeros tiempos de la dictadura, cuando arreciaron los crímenes, secuestros y torturas.

Quiero por fin destacar que si bien el Estado ejerce “violencia simbólica” esta es disímil y muchas veces contradictoria, pues no tiene muchas veces vectores delimitados, uniformes en el tiempo y únicos. Es una arena de competencias y de fuerzas que no necesariamente tienen la misma dirección, ni los mismos intereses. Pero además, también los actores sociales eligen respuestas diversas y contradictorias entre sí con relación al pasado, como también al presente. Esta es una de las razones que explican que encontremos relaciones sociales y simbólicas disímiles y contradictorias en un mismo microespacio territorial.

Me refiero al contraste entre relaciones jerarquizadas y autoritarias entre vecinos, conviviendo con otras formas de asociación vecinal, en donde la memoria ha servido como mecanismo para transformar el lazo social, logrando formas asociativas más horizontales y con mayor poder decisorio de la asamblea. Estas prácticas y concepciones, que podríamos clasificar en un primer momento como antagónicas, conviven en la cultura política local. Como también en Tucumán y en otras partes del país comparten la cotidianeidad barrial, pública, relaciones sociales y simbólicas precursoras de la dictadura, con intentos –más allá del voto- de construir una nueva política, como una nueva sociedad, de relaciones más solidarias.

Bibliografía

BOURDIEU, P. 1994 "Esprits d'État. Genese et structure du champ bureaucratique" y "Annexe.L'esprit de famille"; en *Raisons Pratiques. Sur la théorie de l'action*"; Seuil, París.

BOURDIEU, P. y Passeron, J. 1981 *La Reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*; Editorial Laia, Barcelona

BUCI-GLUCKSMANN, C. 1978. *Gramsci y el Estado*; Siglo XXI, Madrid.

COMAROFF, J y J. 1991. *Of Revelation and Revolution. Christianity, Colonialism, and Consciousness in South Africa*. The University of Chicago Press.

GRAMSCI, A. 1973. *Note sul Machiavelli*"; *Quaderni del carcere*, Editori Riuniti. Roma, Italia.

HALLBWACHS, M. 1997. *La mémoire collective*. ed. Albin Michel, París.

ISLA, A. 1999 "Estados infectados, heridas abiertas. Inconvenientes de una transición congelada"; pp.: 37 – 47, en *Alternativas del Control Social, Revista Latinoamericana*, Año 1, N 1, La Plata.

- 2002. *Los usos políticos de la identidad. Indigenismo y Estado*; edit. "De las Ciencias", Buenos Aires.

LEACH, E. 1965 Political Systems in Highland Burma. Edit. Beacon Press.

NORA, P. 1997 “Entre memoire et Histoire. La problématique des lieux”; en Les lieux de Mémoire”, bajo la dirección de Pierre Nora, Quarto, Gallimard, París.

WEBER, M. 1984. Economía y Sociedad. Séptima edición del FCE, México

Notas

¹ Antropólogo, investigador del CONICET y FLACSO – Argentina

² Hubo más de 1500 personas el 24 de mayo 2006, en la Plaza San Martín en un acto recordatorio para honrar la memoria de militares y civiles caídos en “la lucha contra la subversión apátrida”. Sus asociaciones tienen escasa representación en el conjunto societal. Pero tienen un peso fuerte entre los miembros y familiares, de las fuerzas armadas y de seguridad, en su cultura institucional, como entre sectores mayoritarios de la elite. Aunque como veremos, sus redes son más amplias. La ministra de Defensa N. Garré habló de “extirpar los focos de infección”, un oficial fue pasado a retiro y otros quedaron bajo arresto (La Nación, 06/06/06)

³ Inscripta en el sentido común. “Dóxica”, preferiría Bourdieu.

⁴ Weber lo define “como una fase del desarrollo de las comunidades políticas” (667), insistiendo más adelante: “ el Estado moderno es una asociación de dominio de tipo institucional, que en el interior de un territorio ha tratado con éxito de monopolizar la coacción física legítima como instrumento de dominio, y reúne a dicho objeto los medios materiales de explotación en manos de sus directores pero habiendo expropiado para ello a todos los funcionarios de clases autónomos, que anteriormente disponían de aquellos por derecho propio, y colocándose a sí mismo, en lugar de ellos, en la cima suprema” (1984: 1060)

⁵ Esto puede verse en los “cuadernos de la cárcel” de Gramsci, especialmente en Note sul Machiavelli (1973). Ver también Buci- Glucksmann con su discusión del “estado pleno” y de la “hegemonía” (1978: 77)

⁶ El estudio de caso supone partir de la crítica de conceptos culturales instalados en el sentido común o en la ideología, con el fin de deconstruirlos. Es una perspectiva metodológica muy importante para la antropología y permite usar otras ópticas relacionadas a tiempo y espacio sobre conceptos como ‘violencia’, ‘sexo’, ‘terror’.

⁷ Bloques I, II y III en los que desarrolló su trabajo de campo la socióloga Silvana Martino (durante los meses finales del 2002 y los primeros del 2003) bajo mi dirección. Cada uno de ellos está organizado como consorcio de vecinos, quienes eligen en forma directa su cuerpo administrativo.

⁸ Regulados formalmente por la ley de propiedad Horizontal

⁹ Cuota mensual para el mantenimiento de los espacios comunes del consorcio y el pago de servicios generales.

¹⁰ Es el consorcio con mayor densidad poblacional, con alrededor de 800 hogares. Se estima que actualmente residen en el complejo habitacional aprox. 1600 hogares. No significa que sean quienes fueron seleccionadas como beneficiarios iniciales. Muchas de éstos vendieron o abandonaron los departamentos por distintos motivos.

¹¹ Son personas ajenas al I. Son robos de pibes que vienen del consorcio III; tienen problemas de delincuencia por que “usurparon” departamentos. En el III hay muchos departamentos ‘usurpados’, con el permiso de Sosa.

¹² No se debe olvidar la coyuntura que vivía el país: a fines del 2001 Argentina había entrado en una profunda crisis socioeconómica, política, cultural. Un presidente había sido depuesto mediante un levantamiento que dejó más de 20 muertos frente a la propia Casa de Gobierno.

¹³ También lo presenció el periodista Hernán López Echagüe: P12, sábado 10 de julio de 1993. En esta oportunidad en el palco estaba el presidente Menem y el gobernador Ortega; ambos acompañaron los aplausos según el testimonio de López Echagüe.